

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 8 – 29 de abril de 2015

En este número

1. **De manantiales azules y otras cosas**, Manuel Parra Celaya
2. **Juaristi y lo sutil**, Eduardo López Pascual
3. **Como ayudar desde Occidente**, Francisco J. Contreras
4. **El ateo del muro de las lamentaciones**, Antonio Moreno Ruiz
5. **Albertito Rivera «El Inquisidor»**, Josele Sánchez
6. **Entrevista a Jesús Cotta**, Alejandro Luque
7. **La república marxista**, Miguel de Unamuno
8. **El silencio, el fanatismo y la vida**, Claude Benoit
9. **La tristeza del falangista**, novela

De manantiales azules y otras cosas

(Respuesta agradecida de Jon Juaristi)

Manuel Parra Celaya

¿Quién lo iba a decir! El largo silencio ominoso se ha roto como por ensalmo; al aluvión de recientes publicaciones de éxito sobre José Antonio Primo de Rivera se van uniendo, día sí, día también, textos periodísticos que insisten en sus referencias sobre este personaje y su obra. Que sea en tono encomiástico o peyorativo ya es otro tema, pero bienvenidos ambos si se trata el contenido con rigor y si ambos enfoques coinciden en la aceptación de la existencia –con plena normalidad democrática– de unos planteamientos éticos e ideológicos que pueden entrar en buena lid –dentro de esa normalidad y respeto– con otros diferentes.

De nuevo, es la pluma de Jon Juaristi en sus *Proverbios Morales* (ABC, 19-IV-15) la que trae a colación al falangismo, por el que, por otra parte, parece sentir cierta predilección; y, en esta ocasión, su artículo encierra más de encomiástico que de denigrante; todo ello presidido por su erudición y su *estilo* (sea esta palabra dicha sin intención por proceder de un joseantoniano como yo).

De entrada, rechaza rotundamente la leyenda de unos energúmenos falangistas acosando a don Miguel de Unamuno, a quien –en sus propias palabras– *Falange Española adoptó amorosamente*, antes y después del incidente en la Universidad de Salamanca con Millán Astray. Continúa reconociendo el atractivo revolucionario de los planteamientos joseantonianos, que llevaron a muchos militantes a la oposición al franquismo, algunos



«Medallón de los Reyes Católicos en la Universidad de Salamanca» (s.XVI)

de ellos *trasvasados* después a otras ideologías, quizás por desencanto, quizás por falta de arraigo en las propias ideas al confundir lo esencial de José Antonio con lo contingente. Y, finalmente, evidencia la huella falangista en *el joven Fidel Castro, en el peronismo de primera hora, en el sandinismo y en el jesuita Ernesto Cardenal*. Su conclusión, en este punto, es que todas estas tendencias revolucionarias fueron *deudoras de las doctrinas de Falange antes de que desde La Habana se promoviera el marxismo leninismo*. No omitamos, que todo hay que decirlo, sus descalificaciones, como la manida identificación fascismo-falangismo y el calificativo de *murga demagógica y cursi* a la llamada *revolución pendiente*.

Claro que, como en toda historia que quiere ser un *proverbio moral*, luego viene la moraleja, que no es otra que propinar un soberbio palo a *Podemos*, a los que achaca *la genealogía azul de su ideología*, tema recurrente en la derecha española de hoy.

No dudo que el Sr. Pablo Iglesias pueda responder, por lo que le toca, a esta teoría. A priori, mi enfoque va a ser algo distinto. El falangismo de José Antonio asume, desde luego, la crítica marxista al capitalismo. Otra cosa es que coincida en sus pretendidas soluciones alternativas, y en este punto es donde el Sr. Juaristi y cualquiera que se asome sin prejuicios a los textos históricos pueden encontrar las diferencias: la esencial, que el planteamiento joseantoniano da prioridad absoluta a lo espiritual frente al materialismo marxista; la segunda estriba en el valor de síntesis dialéctica de la doctrina falangista con respecto a los tesis y antítesis que vienen enfrentando a los españoles: derecha e izquierda, liberalismo y socialismo, tradición y modernidad, unidad y variedad de España... Síntesis que no pudo realizarse en la práctica por la eclosión de la guerra civil y otras circunstancias que todos conocemos; baste decir que en ello se centraba la *revolución pendiente*, no pendiente para la Falange sino para una España moderna, que sigue siendo tristemente –y a las pruebas me remito– un *borrador inseguro*.

Podríamos hablar con el Sr. Juaristi, y con cualquier español que se preste a un diálogo civil y fraterno, sin descalificaciones, de muchas otras cosas referentes al caso que nos ocupa, pero dejémoslo aquí por hoy. No puedo evitar, eso sí, la cita de unas palabras de José Antonio que vienen al pelo, y que vieron la luz en Palma de Mallorca en una fecha tan lejana, el 23 de marzo de 1936: *La Falange no existe. La Falange no tiene la menor importancia. Eso dicen. Pero ya nuestras palabras están en el aire y en la tierra*.

Juaristi y lo sutil

Eduardo López Pascual

Jon Juaristi, un escritor de Acreditada firma, ha publicado un artículo en el diario *ABC*, de Madrid, en el que de forma sutil, a propósito de descalificar a esa nueva formación política que lideran los Pablo Iglesias del momento, le da ocasión –si no buscada sí aprovechada–, para cargar contra la Falange. Yo no creo, a diferencia de otros comentaristas a los que valoro, que el escrito del señor Juaristi ofrezca un sustrato de reconocimiento al falangismo, al revés, pienso que ha sido un ejercicio muy sutil, pero hipócrita, para justificar su aversión a la idea joseantoniana. Creo que cuando quiere comparar las propuestas «podemistas», con la aspiración falangista de una sociedad distinta, lo que desea es abatir dos pájaros con un solo tiro, algo corriente en escritores u opinadores de este estilo, que buscan cualquier excusa para descargar sus prejuicios sobre el nacional sindicalismo. Y Juaristi, que se sepa nunca fue precisamente un simpatizante azul, por mucho que en algún momento hubiera sostenido algún comentario no excesivamente agresivo. Es posible que en este escrito de ahora, fuera sincera su posición absolutamente contrario al nuevo partido «pablista», al que considera comunista, pero sus referencias a la murga demagógica y cursi de los fascismos, es una vuelta más de rosca en el camino de nuestra descalificación. Me parece definitiva esa alusión irónica a las revoluciones pendientes, como razón añadida para igualarnos con los chicos de Pablo Iglesias. No, no encuentro motivos para sentirme ni siquiera relativamente feliz, de leer a este Jon Juaristi en su «Falangismos».

Cómo ayudar desde Occidente

Francisco J. Contreras

Los días 18 y 19 de abril tuvo lugar en Madrid el «el Congreso Internacional sobre Libertad Religiosa», en el que se sucedieron impresionantes testimonios de los representantes de los miles de cristianos de Siria, Irak, Pakistán, Nigeria...que, en medio del silencio de occidente, hoy sufren una cruel persecución por su fe. En la última jornada del Congreso, se celebró un panel dedicado a las acciones concretas que desde la sociedad civil podían emprenderse para acabar con el actual genocidio de los cristianos, especialmente en Irak, Siria y Nigeria. Uno de los ponentes fue el Catedrático de Filosofía del Derecho Francisco J. Contreras, quien trazó un lúcido análisis sobre la pasividad occidental ante esta realidad, y que reproducimos a continuación

El adolescente paquistaní Nauman Masih, de quince años, fue quemado vivo el 10 de abril por una turba musulmana: su delito era ser cristiano. Tras cinco días de agonía, murió perdonando a sus agresores. Pero no esperen encontrar el caso en periódicos y telediarios. Las noticias sobre el genocidio en curso contra las minorías cristianas quedan cada vez más relegadas en los informativos. La matanza de ciento cincuenta cristianos en la universidad de Garissa apareció sólo en el minuto 21 del telediario del Jueves Santo. Las decapitaciones de Estado Islámico, que al principio podían suscitar curiosidad morbosa, empiezan a resultar monótonas. La atención dedicada al accidente del avión de Germanwings supera en varios órdenes de magnitud a la concedida a cualquiera de las ya cansinas degollinas de cristianos.

Lucia Annunziata, editora del periódico progresista *Huffington Post*, ha tenido la honradez de enunciar lo obvio: «¿Por qué no recibo cartas colectivas de protesta contra el genocidio de los cristianos? ¿Por qué nadie promueve, no digo ya una manifestación, sino al menos una sentada, alguna cosa?». La suerte



Masacre en una escuela de Pakistán por los talibanes

del perro Excalibur –la mascota de la enfermera española afectada por el ébola– generó una movilización popular muy superior a la que ha sido capaz de provocar el exterminio de los cristianos árabes y africanos. Evaluado en número de manifestantes, el rabo de Excalibur importa más que las cabezas de miles de cristianos orientales.

La indiferencia occidental podría deberse al simple eurocentrismo. El atentado contra *Charlie Hebdo* suscitó inmensa conmoción porque tuvo lugar en el corazón de Europa, y la gente interpretó: «esta vez vienen a por nosotros». Creo sin embargo que, junto a la sensación de «lejanía» geográfica y moral, están operando aquí también varios prejuicios

ideológicos. Uno de ellos es genéricamente antirreligioso: el prejuicio que descalifica a todas las religiones por igual como fanáticas y violentas; no faltan analistas que, como Diego López Garrido, interpretan las matanzas de Oriente como un «conflicto interreligioso», trazando una inicua simetría entre víctimas y victimarios, y remontándose a las Cruzadas o la Inquisición para demostrar como sea que «los cristianos también matan». El periódico *El País*, batiendo viejos récords de infamia, hablaba ayer de «guerra religiosa en una patera» refiriéndose al incidente en el que naufragos musulmanes arrojaron por la borda a los cristianos.

Pero existe también una pulsión suicida en un sector de la sociedad que se siente fascinado por cualquier movimiento que prometa subvertir el orden establecido mediante la violencia: el comunismo o el fascismo en el pasado, el islamismo en la actualidad. La extrema izquierda odia a la civilización occidental y mira con simpatía todo lo que pueda representar una amenaza para ella. Melanie Phillips ha dedicado páginas jugosas a lo que llama el eje rojo-islámico, discernible por ejemplo en la posición rabiosamente anti-israelí y pro-palestina de los «progresistas»; Jorge Verstrynge ha jaleado la

«simbiosis anti-imperialista» de la izquierda bolivariana con el islam; Pablo Iglesias imparte doctrina desde la cadena iraní *HispanTV*.

Esta afinidad de la extrema izquierda con el islamismo responde a la lógica de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», y se basa por tanto en una profunda aversión a las propias raíces. El Occidente «progresista» es cristóforo, como lo es el islamismo. No se trata, ciertamente, de la cristofobia genocida de los yihadistas; la cristofobia «suave» del progre se manifiesta en fenómenos como la ridiculización del cristianismo en los medios, las demandas contra obispos que defienden la doctrina tradicional en materia de sexualidad y familia, la marginación de los cristianos en el debate público (se nos cierra la boca con el pseudo-argumento de que «no debemos imponer nuestra fe a los demás») e incluso vandalismo de baja intensidad contra los templos (pintadas, provocaciones de las Femen, etc.).

Esta cristofobia «light» favorece interpretaciones del tipo «algo habrán hecho» frente al genocidio de los cristianos en Oriente Medio.

Otro de los autoengaños occidentales consiste en interpretar el conflicto de civilizaciones con el Islam radical como un problema socio-económico. La «causa profunda» de la vesania yihadista sería «la opresión» (pasada o presente), «la marginación», «la pobreza», y las soluciones aplicables serían, por tanto, de carácter asistencial. Una socióloga alemana entrevistada el día del atentado de *Charlie Hebdo* explicaba que la militancia islamista de algunos inmigrantes de segunda generación no era sino una forma de protesta frente a una sociedad que les margina y condena al desempleo. La medicina socialdemócrata para la enfermedad yihadista consiste en más gasto público: más inversión en los barrios de inmigrantes, más subsidios, más programas de reciclaje profesional...



Las femen en una de sus manifestaciones de protesta, debidamente pagadas

El alcalde de la localidad francesa de la que procedía uno de los terroristas del atentado de París manifestó que no entendía cómo el joven magrebí había podido llegar hasta ahí, cuando en su ciudad disponía de oportunidades

formativas y de ocio: asociaciones cívicas, formación profesional, y «hasta una magnífica pista de skateboard, recién inaugurada». Eso es lo que la Europa actual puede ofrecer a un joven que se pregunta por el sentido de la vida: instalaciones deportivas, cursillos, discotecas, reality shows... Y nuestra tragedia es que ni siquiera se nos ocurra que alguien pueda necesitar algo más.

Por supuesto, el Occidente actual es la mejor sociedad de la historia en varios aspectos: libertades, solidaridad, bienestar material... No es cierto que los inmigrantes árabes sean discriminados: Europa les proporciona derechos y oportunidades de las que no habrían gozado en sus países de origen. Pero el Occidente actual no es capaz de satisfacer la necesidad humana más profunda: la de sentido existencial. A las preguntas últimas –¿por qué existo?, ¿qué debo hacer con mi vida?– nuestra sociedad sólo puede responder con relativismo, pensamiento débil y vacuidad postmoderna. Los jóvenes desarraigados buscan en la locura criminal de la yihad lo que su país de acogida no sabe ya ofrecerles: un absoluto, una gran tarea que confiera sentido a la vida, una respuesta a las preguntas metafísicas. El Estado del Bienestar garantiza una cartilla de seguridad social, pero el Islam ofrece el paraíso.

Las sociedades europeas del siglo XXI carecen de un ideal grande, un proyecto colectivo al que pueda resultar ilusionante incorporarse. Son sociedades que se avergüenzan de su propio pasado: los redactores del proyecto de constitución europea evitaron cualquier mención del cristianismo al enumerar las raíces espirituales del continente. Cultivan un multiculturalismo asimétrico que prescribe

el respeto de todas las culturas salvo la propia. Han desistido de la procreación y afrontan por ello un horizonte demográfico tenebroso: en la mayoría de los países europeos, la tasa de fertilidad se halla al menos un 30% por debajo del índice de reemplazo generacional. La familia está desapareciendo: la cohabitación efímera desplaza al matrimonio como fórmula normal de convivencia; entre los pocos que se casan, aumenta cada vez más el porcentaje de divorcios. Vamos hacia una Europa geriátrica sin niños, sin matrimonios, sin familias estables. Una Europa atea en la que el ciudadano medio está convencido de que la especie humana es producto del azar bioquímico, de que todo acaba con la muerte, y que por tanto la vida no tiene otro sentido que el placer que se le pueda exprimir en los cortos años de juventud. Para el penoso tercio final de la vida empieza a perfilarse en el horizonte la solución de la eutanasia voluntaria. Es una sociedad que encubre con un barniz de hedonismo frívolo un nihilismo desesperanzado de fondo.

No debe sorprender que una sociedad así no consiga ser sentida como una patria por los inmigrantes. Una Europa que en realidad se desprecia a sí misma no puede inspirar respeto a los recién llegados. Chantal Delsol ha hablado de la voluntad de vacío –la voluntad de no tener identidad– como el rasgo definitorio de la Europa actual. Y Jean Sévillia ha escrito que «no se combate el fanatismo con el vacío, sino con lo que da sentido».

En otros tiempos, Europa sí tenía una oferta cosmovisional de esperanza y significado vital: era el cristianismo. Pero nos ha tocado una época triste de templos abandonados; una época en la que, como anticipó el poema de Matthew Arnold, el mar de la fe retrocede, y ya sólo oímos «el susurro melancólico, prolongado, claudicante de su retirada», que deja al mundo convertido en «un pedregal desnudo». Apenas un 10% de los europeos frecuentan los oficios religiosos. E incluso en este último resto de creyentes cunde la desunión y el desconcierto doctrinal. Postulados morales que habían sido afirmados durante milenios son ahora revisados con el pretexto de la misericordia.

Sin embargo, el cristianismo es una religión agónica por definición, una religión que de algún modo ha estado siempre en crisis: estuvo en crisis ya en el Calvario, cuando Cristo gritó al Padre que le había abandonado. Muchas veces ha parecido el cristianismo desarbolado por sucesivos huracanes históricos, y siempre subsiste un fermento, un resto de Israel desde el cual recomenzar. Los mártires de Oriente Medio juegan hoy ese papel. De ellos cabe decir lo que escribió Paul Claudel sobre las víctimas católicas de la Guerra Civil española, asesinadas por odio a la fe: «dieciséis mil mártires y ni una sola apostasía». El cristiano iraquí Salem Matti Kourk prefirió el año pasado ser torturado hasta la muerte por los yihadistas que renegar de Cristo. A Asia Bibi, condenada a muerte, se le ofreció salir en libertad si se convertía al Islam: respondió que prefería morir como cristiana. Los 21 mártires coptos de Libia murmuraban el nombre de Jesús en el momento de ser degollados. Estos testimonios de fidelidad hasta la muerte se podrían multiplicar por cien mil historias anónimas. Y «ni una sola apostasía».

¿Qué podemos hacer desde Occidente? Exijamos a nuestros gobiernos una intervención militar humanitaria. Exijamos a los medios de comunicación que presten la misma atención al «apocalipsis ahora» de los cristianos de Oriente Medio que a las tribulaciones de Belén Esteban. Exijamos a los musulmanes de buena voluntad que griten «¡no en mi nombre!» con mucha más claridad de lo que han hecho hasta ahora. Propongamos a los obispos viacrucis y veladas de oración por los cristianos de Oriente.

Y preservemos el depósito de la fe, esa fe por la que millares están dando sus vidas. Intentemos ser dignos de nuestros hermanos de Oriente. Como ha escrito Luis Fernando Pérez Bustamante, «mientras en la Iglesia se discute sobre si hay que ignorar las palabras de Cristo sobre el adulterio y las de San Pablo sobre la necesidad de estar en gracia para comulgar»; mientras ciertos teólogos –cardenales incluidos– «buscan la manera de pisotear la Escritura, la Tradición y siglos de magisterio, en Oriente los cristianos están derramando su sangre por Cristo». Que su sangre sea, como lo fue siempre, semilla de nuevos creyentes en nuestra Europa cansada y descreída.

Tomado de Profesionales por la ética

El ateo del muro de las lamentaciones

Antonio Moreno Ruiz

Historiador y escritor

Que un dirigente político (y hasta religioso...) vaya a hacer el paripé al Muro de las Lamentaciones en Tierra Santa, poca importancia podría tener a priori. Pero resulta que el que ha hecho este gesto ha sido Pablo Iglesias, cabeza visible de *Podemos*, el marxismo cultural bajo solapa del chavismo mágico que está creando amores y odios a tutiplén en España.

Una vez visto este gesto dentro del estado sionista, se vienen varias ideas, condensables en dos bloques:

-Por un lado, no se entiende ni tanto amor ni tanto odio a *Podemos*. No es más que un producto del sistema, un hijo muy legítimo del régimen del 78. Algunos en la universidad, cuando avisábamos de estos gérmenes, se nos tachaba de exagerados y radicales. ¿De qué se extrañan unos y otros? ¡Asuman sus consecuencias!

-El gesto del muro de las lamentaciones confirma algo que hemos sabido siempre; a saber: Que la izquierda española nunca ha sido atea, ni tan siquiera laicista: Simplemente es anticatólica. Por ejemplo: La II República le dio todo tipo de facilidades a los protestantes, a los cuales jamás molestó. En cambio, vio con regocijo toda suerte de barbaries contra edificios, religiosos y seculares católicos. Si es que es lo de siempre: Estos de *Podemos* ya hablan de suprimir la Semana Santa pero tienen un Círculo de Musulmanes (liderados por el «exfacha» Yusuf Oroza, que lo mismo escribe para medios frikifachas que para los más progres del globo... ¡Eso es reciclaje y lo demás son tonterías!) y felicitan el Ramadán. Eso: Nada nuevo. Siempre tirarán contra la historia del pueblo español. Exaltarán la conquista musulmana

pero deplorarán la de América para convencer a sus financiadores narco-petroleros. Y por supuesto, no van a tocar el imperialismo británico en Gibraltar, al igual que el cristinatio kirchneriano nada va a hacer por las Malvinas. Y por supuesto que Pablo Iglesias ha ido a hacer el paripé a Israel. El mismo estado, por cierto, que está alentando la separación de Cataluña y al que el gobierno del PP le está dando todo. Y al final, todo queda en casa.

¿Y acaso nos parece casualidad que a entrambas orillas del Atlántico se endiose a Bolívar, aquel oligarca esclavista acomplexado, de discursos llenos de odio e ignorancia? ¿Nos parece casualidad que

aunque el mismísimo Marx lo pusiera como mil trapos parezca resucitar como icono laico? ¿Es que de verdad no vemos lo ilustrativo que es todo esto; lo que supuso en el XIX y lo que va a suponer en el XXI?

En fin: Tanto los que quieren vender a estas alturas el «miedo a los rojos» (¡a buenas horas, mangas verdes!), o los que hablan de «aires nuevos» con el Coleta (ese que tiene tipo de cantaor malo), por favor, no vengán a robar a la cárcel, que esto ya está más visto que el tebeo. *Podemos* es más del sistema, y al sistema no se le combate con actitudes de viejas asustadas ni invocando ulteriores cabreos o supuestas y maravillosas ayudas exteriores, sino yendo a la raíz: Al liberalismo destructor, alienado, apátrida y acomplexado que, recogiendo lo peor de la Ilustración (y no lo mejor, como Cadalso o Jovellanos) y aliado al imperialismo anglosajón, impuesto siempre por golpes militares y apoyado por las oligarquías, nos está aplicando el divide y vencerás hasta volarnos en mil pedazos. La izquierda no germina sino allá donde el liberalismo ha dejado su nefasta semilla, y este auto-odio es anterior incluso



Pablo Iglesias, en profunda concentración, ante el Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén

al propio Gramsci al que el Coleta dice reverenciar. Por desgracia, esta onda expansiva no es nueva, reiteramos.

Así las cosas, que el ejemplo histórico de Covadonga y la resistencia de los mozárabes nos guíe, porque es donde nos encontramos. Y en todo caso, *Podemos* forma parte del mismo bando witziano que el PP, el PSOE y compañía; siendo que todos se arrodillan ante quienes les abrieron las puertas de las ciudades a las huestes de Tarik Ben Ziyad. Ah, y eso sin hablar de los Oppas...

Tomado de *Raigambres*

Albertito Rivera «El Inquisidor»

La cara más dura y más oculta de Ciudadanos

Josele Sánchez

Se jacta Albert Rivera de haber impedido que antiguos falangistas formen parte de sus candidaturas electorales en Móstoles y Getafe ante lo cual un servidor se pregunta, ¿hay algo punible, delictivo o siquiera moralmente reprochable, en que una persona haya militado (o incluso que milite en la actualidad) en alguna formación falangista?

Pretende ahora, el imberbe dirigente de ese engendro político al alza llamado Ciudadanos, cogérsela con papel de fumar con tal de contentar a la opinión pública.

Es un joven tan correcto, tan moderado en su discurso, con el pelo tan bien cortado que a este viejo articulista le recuerda tanto a Adolfo Suárez pero en versión del siglo XXI.

El duque, tristemente fallecido, ha pasado a la historia de España como el gran artífice de la transición cuando en realidad se trataba (otro paralelismo más con este Albertito Rivera) en un mediocre político e intelectual, que daba buena imagen ante las cámaras y con una desmedida ambición política.

A mí nunca me ha gustado este empalagosamente modosito líder de Ciudadanos que nunca se moja del todo; puesto a escoger en ese partido prefiero, mil veces, la visceralidad de un Javier Nat que ha pasado por mil sitios (y que, tampoco ese es nada malo, algunas veces, incluso, es más bien enriquecedor), que habla desde las vísceras, poniendo el alma en cualquier «quítame esas pajas» y todo ello, además, desde una cabeza perfectamente amueblada y un bagaje intelectual que tira de espaldas.

Pero Albertito Rivera es otra cosa: más que un candidato a presidente de Gobierno parece el yerno que toda suegra desearía tener, tan circunspecto, tan correcto, tan educado...

Personalmente, me produce náuseas. En primer lugar, porque la emergente fuerza política denominada Ciudadanos, ese invento nuevo que viene a romper con los partidos tradicionales de España, es más viejo que la única corbata que posee Juan Goytisolo (el último y flamante premio Cervantes).

Ciudadanos es la exégesis actual del viejo y fracasado CDS que para no perder ripio creó, aprisa y corriendo Adolfo Suárez después de cargarse, el solito, una Unión de Centro Democrático cuyo número de diputados casi no cabían en el viejo hemiciclo de la carrera de San Jerónimo.



Albertito Rivera pretende suavizar las formas del PP pero es más facha que el sector más recalcitrante del partido de la calle Génova. Y se ofrece a limpiar de corruptelas el putrefacto ambiente político español: por eso necesita una imagen impoluta, porque pretende presentarse ante la opinión pública como el Don Limpio de la escena electoral.

Claro que, aunque poco se divulga, la corta vida del partido de Albertito Rivera tiene mierda como para abonar unos cuantos cientos de hectáreas de cultivo del sufrido campo español.

Ciudadanos no admitirá en sus listas electorales a individuos que hubieran militado en alguna organización falangista (tal vez, el joven Rivera se siente avergonzado de su propia madre quien, en su más tierna juventud y en plena transición española, parece ser que militó en la izquierdista Falange Auténtica que por aquel entonces lideraba un melencólico y barbudo falangista llamado Pedro Conde), pero no tiene ningún empacho en presentar como candidato a la alcaldía de Dos Hermanas a Manuel Varela, un payo ex concejal del Partido Popular, presuntamente involucrado en haber transferido dinero de la cuenta del grupo municipal del PP a la suya propia.

Tampoco le ha parecido inmoral a Albertito Rivera colocar, como asesor en el Parlamento Europeo, a Jordi Cañas, ex portavoz de Ciudadanos en el Parlament de Catalunya, imputado por el Tribunal Superior de Justicia de Catalunya por haber defraudado 429.000 euros a la Hacienda Pública.

Incluso mi admirado Javier Nat, jurista, politólogo y contertulio brillante donde los haya, ejerce como eurodiputado de Ciudadanos pese a haber quedado con el culo al aire cuando le descubrieron una cuenta secreta en Suiza (según él, como dicen todos, fruto de una herencia de su padre) y cuyos fondos bancarios eran administrados, curiosamente, por Fèlix Millet, el acusado de saquear las arcas del Palau de la Música de Barcelona.

Además de todas estas «anécdotas» para un partido político que se presenta como el paladín de la regeneración ética de la vida pública, Ciudadanos ha sido amonestado en 2008 y 2010 por el máximo órgano fiscalizador del Estado por «menoscabar la transparencia al presentar sus cuentas fuera de tiempo y forma».

Y si esto les parece poco les añadiré otro dato: en los años 2012 y 2013 la formación liderada por Albertito Rivera no ofreció a la Sindicatura la información requerida sobre donaciones y créditos.

Así las cosas no está este Ciudadanos en condiciones de dar lecciones de honestidad política ni siquiera a un PP y un PSOE a los que la metástasis de la corrupción los amenaza de muerte segura. Y por si algo faltaba, asistimos estos días a la indignidad y la desvergüenza con la que la emergente formación del pipiolo Rivera se ha lanzado a la caza y captura carroñera de las ratas que escapan del hundimiento de la UPyD de la pobre Rosa Díez.

Vamos, que cualquiera puede figurar en las listas de Ciudadanos ya sea defraudador de impuestos, evasor fiscal, ladrón de arcas municipales o tránsfuga político. Creo que el código ético de Albertito Rivera no impide la entrada en sus candidaturas de asesinos convictos, pederastas ni violadores.

Eso sí, no pueden figurar bajo la marca de Ciudadanos nadie que, en algún momento de su vida, haya tenido alguna relación con la Falange. Como dicen en mi pueblo, lo del Torquemada Albertito Rivera y su partido Ciudadanos es como «para mear y no echar gota».

Tomado de *Periodista Digital*

Entrevista a Jesús Cotta

Alejandro Luque

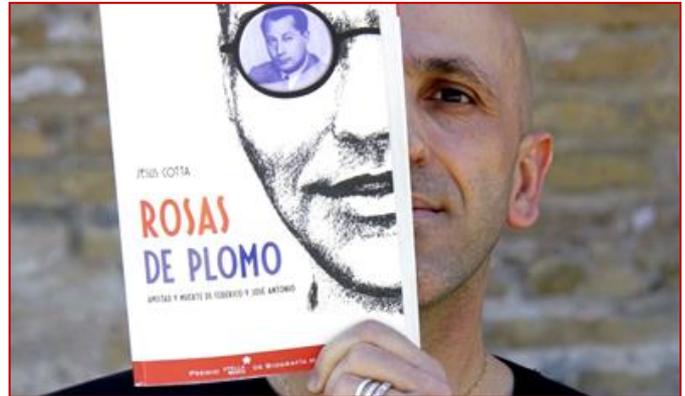
El título es *Rosas de plomo* (Stella Maris), el subtítulo dice el resto: *Amistad y muerte de Federico y José Antonio*. Un extenso ensayo en el que el malagueño y sevillano de adopción, Jesús Cotta, argumenta la amistad entre Lorca y Primo de Rivera antes de ser «convertidos en iconos de Españas contrarias».

-Define a Lorca como *El Poeta*, y a José Antonio como *El Caballero*. ¿Por qué este último apodo?

-Era una persona de carácter muy noble, capaz de encontrar el mérito y la verdad en cualquiera, sea del bando que sea. No era sectario. Podía haberse dedicado al galanteo de salones, pero se enfangó hasta el gañote en una aventura política que sabía que lo iba a matar. No fue un ideólogo, fue un idealista.

-¿Es suficiente el testimonio de Celaya para certificar que ambos fueron amigos?

Los que niegan la amistad lo hacen por razones ideológicas, pero Celaya, Rosales y otros testimonios secundarios señalan que Lorca y José Antonio coincidían antes del 35, todos los viernes, en sendas tertulias contiguas y simultáneas del Café Lyon. Y que José Antonio pide al rapsoda González Muñoz que le recite algo de Lorca «que tengo hambre de ella». En ese contexto se conocieron, y hay muchos candidatos para presentarlos: el principal Carlos Morla Lynch.



-¿Cómo asumir que Lorca fuera amigo del inspirador de sus verdugos?

-No hay contradicción. José Antonio funda un partido muy ecléctico, que quería aglutinar lo mejor de izquierda (la revolución social) y de la derecha (la religiosidad y la patria). Tras la guerra, la que triunfa no es la Falange, sino la reacción.

-Insiste en el catolicismo de Lorca. ¿En qué se basa?

-Su gran problema es el miedo a la muerte, y la conjura con tres elementos: la belleza, el amor y la trascendencia que se confunden en él mismo. Uno lee los *Romances sonámbulos* y ve en cierto modo a un místico. Pero la religiosidad de Lorca es libre, sensual. Lo que define a alguien como católico es la Virgen y la eucaristía, y él es mariano y eucarístico. Nadie pondría en duda su catolicidad si no fuera porque nos han hecho creer que era izquierdista, pero él sentía grima por la política, se definía como católico comunista-libertario-anarquista-tradicionalista-monárquico. Nada de eso y todo a la vez.

-¿No pasas de puntillas sobre su homosexualidad?

-Hablo más bien de *epentismo*, como decía él. Y mira, uno de los alicientes de José Antonio, es que reconoció públicamente su deseo de conocer a Federico a pesar de los prejuicios. Lorca, en cambio, ocultó su simpatía por la tremenda presión de sus amigos izquierdistas, Alberti y Neruda, sobre todo. Por eso su amistad quedó en secreto.

-¿Ha descubierto algo de José Antonio en este libro que no conocía antes?

-Sí, tenía el perjuicio del gánster, el señorito engominado de discurso hueco, pero cuando lo he conocido a través de Lorca ha cambiado mi opinión. Es un caballero de referente moral. La política española necesita hombres como él, valientes que hacen lo que predicán, que renuncian a sus comodidades por amor real y activo por la gente y mueren sin rencor y perdonando a sus ejecutores. Al final de su vida abomina del fascismo, «una religión vacía», dice. De hecho fue fascista del 31 al 34, y sin xenofobia ni racismo. Se da cuenta de que la Falange ha sido un error, pero no lo puede decir porque hay falangistas muriendo en el frente.

-¿Cree que Franco instrumentalizó su muerte?

-A Franco le vino bien porque había un competidor político imponente y el habría quedado solo como jefe militar. Con su muerte pudo castrar el espíritu real de su mensaje, convertirlo en un casto santón y usar su simbología de camisas azules y ángeles con espadas.

-¿Qué opina de quienes reivindicán hoy la Falange?

-Pienso que son unos ilusos. El producto político que produjo José Antonio es circunstancial. Ser falangista hoy es como ser mosquetero, no tiene sentido.

-¿Y en la transición?

-Creo que la Falange murió con José Antonio. A mí me gusta la reivindicación de una España sin complejos, pero es un proyecto ideado por los años 30.

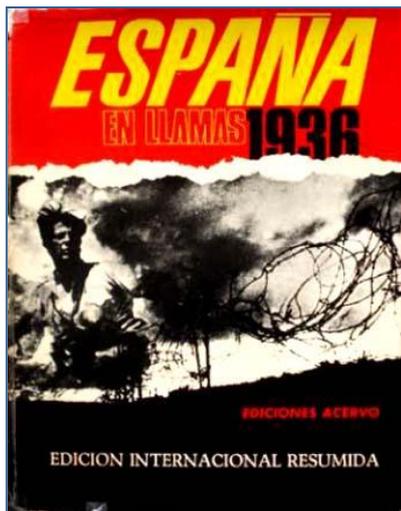
Tomado de *El Correo de Andalucía*

La república marxista

Miguel de Unamuno

Pasa por la plaza una muchacha acompañada de su familia, cuando un zángano mocetón se divierte en hacerle una mamola. El familiar se vuelve a reprenderle; el mocetón se insolenta y el otro arrecia en la represión. Y entonces, ante el grupo de curiosos que se arremolinan, ¿qué se le ocurre al zángano? Pues ponerse a gritar: ¡Fascista!, ¡fascista! Y esto basta para que el represor tenga que escabullirse, no fuera que le aporrearán los bárbaros.

Otro día, en un rincón de una calle, sorprende un guardia municipal a otro mozallón haciendo necesidades; se le acerca, no a multarle, según piden las Ordenanzas, no, sino a llamarle la atención, y el necesitado, al verle venir se yergue y le espeta un *¡que soy del Frente Popular!*



Otra vez un matrimonio joven, en jira de turismo, entra en una iglesia, sin gente entonces, y a poco, husmeando no se sabe qué, entran tres chiquillos como de diez a doce años y exclama uno alzando el puño: *¡Maldito sea Dios!*, y el otro: *Hay que darle unas hostias*. Y como estos tres sucesos, recogidos aquí, muchos más de la misma laya.

Y no se hable de la ideología, que no hay tal. No es sino barbarie, zafiedad, sociedad, malos instintos, se tragan un papel antihigiénico en que sacian sus groseros apetitos y ganas ciertos pequeños burgueses que se las dan de bolcheviques y de lo que hacen servil ganapanería populachera. Tragaldabas que reservan ruedas de molino soviético para hacer comulgar con ellas a los papanatas que les leen ¿Papanatas? Otra cosa. Que así como se leen los clandestinos

libritos pornográficos para excitarse estímulos carnales, así se leen esas soflamas para excitarse otros instintos. La doctrina es lo de menos.

Del diario *Ahora*, 3 de julio de 1936. Publicado en *España en llamas 1936*, autor Bernardo Gil Muguruza, Ediciones Acervo, Barcelona 1968, página 51.

El silencio, el fanatismo y la vida

Claude Benoit

Facultad de Filología, Departamento de Filología francesa. Valencia

Mensaje de Emanuel Tanay, sobreviviente del holocausto nazi, en relación a la cíclica resurrección funesta del fanatismo.

El doctor Emanuel Tanay, nacido en 1928, es actualmente un reconocido psiquiatra forense radicado en los Estados Unidos.

El Silencio

Un hombre cuya familia pertenecía a la aristocracia alemana antes de la Segunda Guerra Mundial fue propietario de una serie de grandes industrias y haciendas. Cuando se le preguntó ¿cuántos de los alemanes eran realmente nazis?, la respuesta que dio puede guiar nuestra actitud hacia el fanatismo. «Muy pocas personas eran nazis en verdad», dijo, «pero muchos disfrutaban de la devolución del orgullo alemán, y muchos más estaban demasiado ocupados para preocuparse. Yo era uno de los que sólo pensaba que los nazis eran un montón de tontos. Así, la mayoría simplemente se sentó a dejar que todo sucediera. Luego, antes de que nos diéramos cuenta, los nazis eran dueños de nosotros, se había perdido el control y el fin del mundo había llegado. Mi familia perdió todo. Terminé en un campo de

concentración y los Aliados destruyeron mis fábricas. Se nos dice que la gran mayoría de los musulmanes sólo quieren vivir en paz.

El fanatismo

El hecho es que los fanáticos dominan el Islam, tanto en este momento como en la historia. Son los fanáticos los que marchan. Se trata de los fanáticos los que producen guerras. Se trata de los fanáticos los que sistemáticamente masacran cristianos o grupos tribales en África y se van adueñando gradualmente de todo el continente en una ola islámica. Estos fanáticos son los que ponen bombas, decapitan, asesinan. Son los fanáticos los que toman mezquita tras mezquita.

Se trata de los fanáticos los que celosamente difunden la lapidación y la horca de las víctimas de violación y los homosexuales. Se trata de los fanáticos los que enseñan a sus jóvenes a matar y a convertirse en terroristas suicidas. El hecho cuantificable y duro es que la mayoría pacífica, la «mayoría silenciosa» es intimidada e imperceptible.

La Rusia comunista estaba compuesta de los rusos que sólo querían vivir en paz. Sin embargo, los comunistas rusos fueron responsables por el asesinato de cerca de 50 millones de personas. La mayoría pacífica era irrelevante.

La enorme población de China era también pacífica, pero los comunistas chinos lograron matar la asombrosa cifra de 70 millones de personas.

El individuo japonés medio antes de la Segunda Guerra Mundial no era un belicista sádico. Sin embargo, Japón asesinó y masacró, en su camino hacia el sur de Asia Oriental, en una orgía de muerte que incluyó el asesinato sistemático, a 12 millones de civiles chinos, la mayoría muertos por espada, pala y bayoneta.

Y, ¿quién puede olvidar Ruanda, que se derrumbó en una carnicería?... ¿Podría no ser dicho que la mayoría de los ruandeses eran amantes de la paz?

La vida

Las lecciones de la historia son con frecuencia increíblemente simples y contundentes. Sin embargo, a pesar de todos nuestros poderes de la razón, muchas veces perdemos el más básico y sencillo de los puntos: Los musulmanes amantes de la paz se han hecho irrelevantes por su silencio. Los musulmanes amantes de la paz se convertirán en nuestros enemigos si no se pronuncian, porque al igual que mi amigo de Alemania, se despertarán un día y encontrarán que los fanáticos los poseen, y el fin de su mundo habrá comenzado. Los alemanes, amantes de la paz, japoneses, chinos, rusos, ruandeses, serbios, afganos, iraquíes, palestinos, somalíes, nigerianos, argelinos, y muchos otros han muerto a causa de que la mayoría pacífica no se pronunció hasta que fue demasiado tarde.

En cuanto a nosotros, que somos espectadores ante los eventos en desarrollo, debemos prestar atención al único grupo que cuenta: los fanáticos que amenazan nuestra forma de vida.

Tomado de *Territorio Digital.com*

La tristeza del falangista

Una novela de Eduardo López Pascual

El escritor y poeta Eduardo López Pascual, acaba de publicar su novela, *La tristeza del falangista*, editada por Punto Rojo (Sevilla), que, basada en evidentes situaciones de la vida social en España, supone la vuelta del inspector Olivios –protagonista en otra de sus obras, *El extraño caso del Tribunal Constitucional*, llamado en esta ocasión para resolver un caso de acoso y marginación a un joven profesor de escuela (EGB), Rufino–, que trata de desarrollar su vida profesional y personal de acuerdo con sus convicciones morales y políticas. Su estancia en un pueblo de Levante, dirigido municipalmente por un equipo muy contrario a sus principios, le ocasionarán una serie de inconvenientes y de

incidentes muy onerosos, que incluso desembocan en agresiones inesperadas en un tiempo donde se cree que ese tipo de exclusiones habían dejado de darse en este país.



La novela, a juicio de quienes la han leído, la consideran como una historia bien contada, que atrae al lector, y consigue un clima de interés que se extiende a lo largo de sus cuatrocientas páginas. Presenta una fácil lectura y sus capítulos aparecen llenos de verosimilitud aun a pesar del clima de intolerancia que se desprende de algunos de los personajes más señalados en sus páginas. Las figuras del inspector, del barman, de don Luís, padre de la novia de Rufino, o la del viejo y experimentado maestro y cronista del pueblo, hacen que esta obra nos mueva a una crítica con buena nota al autor que cuenta apasionada y comprometidamente una historia que engancha desde el principio. Eduardo López Pascual, veterano escritor, con más de veinte títulos, busca otra vez ser

testigo y testimonio de una realidad que a veces se muestra esquiva e injusta.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

No olvides poner la X en la casilla de la Iglesia católica al hacer la declaración de la renta.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.